

LA hora de la crisis, el momento en que se iba á decidir por fin la suerte de Francisco, se adelantaba rápidamente.

Habian dado las siete, y á las ocho en punto debia hallarse en el teatro.—La proximidad de esa prueba, terrible en sus circunstancias, infundia al jóven una especie de valor que rayaba en desesperacion. Para él era un problema de vida ó de muerte el que se iba á resolver.... Si aquella esperanza le salia fallida; si no lograba arrancar del público ocioso é indiferente, frenéticos aplausos, ¿qué empleo adoptaria?..... La constancia que durante tres años le habia sostenido, estaba á punto de abandonarlo.....

Afortunadamente el ataque que acababa de sufrir Remedios habia cedido á los enérgicos medicamentos que con tiempo se la habian aplicado.

El médico no se separaba del lado de la enferma, velándola como un ángel de guarda, y Francisco todavía en aquellos momentos dudaba entre los celos y la necesidad fatal que lo arrastraba léjos de allí.

La madre, consolada con la promesa formal que el médico le habia hecho de que por aquella noche al ménos no se reproducirian las convulsiones de la epilepsía en Remedios, habia vuelto á pensar en la posicion de su hijo.

La madre, ántes que todo, queria evitar á Francisco hasta el menor disgusto. Si ella hubiera sabido la repugnancia con que este adoptaba el postrer recurso que le quedaba, sin duda á fuerza de amor, á fuerza de consejos le hubiera quitado de la cabeza esa determinacion; mas Francisco le habia dicho que amaba con todo su corazon esa carrera, donde al mismo tiempo que lograria un recurso con que hacer ménos penosa su suerte, alcanzaria la gloria, esa necesidad de las almas grandes.

Sin embargo, la anciana habia visto que su hijo no habia estudiado en todo el dia, y lo instaba para ello. La desventurada mujer ignoraba que es imposible hacer que la cabeza se ocupe de algo, cuando el huracan de las pasiones se desata en el pecho.....

.....

Tristísimas eran las reflexiones á que el médico se entregaba. La desgracia de aquella familia le desgarraba el corazon: la madre acababa de hacerle una revelacion de lo que habian padecido, y él hubiera querido de buena gana poder aliviarlos con su fortuna; pero, jóven todavía, al principio de su carrera, por mas que su nombre estuviera ya bien sentado, apenas ganaba para sostener el lujo con que se presentaba, y que desde el principio habia adoptado, conociendo el espíritu de sus conciudadanos.

Otra razon mas tenia el doctor para estar meditabun-

do: aquel amor que desde algun tiempo atras se habia desarrollado en su corazon, á cada hora hacia mayores progresos. No era una de esas pasiones que revientan en el pecho como un trueno, destructoras, pero sin mas duracion que la de un momento: era una pasion tranquila, pero profunda como lo era su carácter.

La madre habia salido á la otra pieza en pos de Francisco, y el doctor se habia quedado solo al lado de Remedios, que dormia.—Poco de imprudente tendrá esta accion, si se recuerda que ya he dicho que la familia miraba al médico como á una Providencia, y que el ejercicio de esa profesion tiene algo de noble y de sagrado, que eleva al que la ejerce.

Al principio no notó su soledad el médico: tenia los ojos clavados en el pálido y abatido rostro de la doncella, y se preguntaba para disculpar sin duda su amor, si podia verse con indiferencia aquella fisonomía, á la que la vista tal vez habria quitado el aire de angélica resignacion con que tanto interesaba.

Despues se preguntó con tristeza: ¿qué esperanza podia alimentar? ¿Sabria siquiera aquella muchacha que él existia? ¿Podria conocer la solicitud, el amor con que él velaba por ella?..... ¡Ay! entónces el médico pedia al cielo un milagro; se alucinaba un momento, y creia curable su ceguera..... ¡Qué hermosa seria la recompensa de esta curacion maravillosa!

Su imaginacion, como siempre sucede cuando anhelamos una cosa, y mas cuando no hay un objeto extraño que nos vuelva á la prosaica realidad, corria con la rapidez del relámpago.

Se figuraba que Remedios le debia á él la vista..... ¡Cuán hermoso debe ser para una muchacha de diez y ocho años recobrar la vista!..... ¿Puede concebirse la vida de una mujer sin ver á los que la rodean, sin recrearse á la luz del sol como los pajarillos del campo, sin saber lo que son los colores?..... ¡Ay! el universo, la vida entera era lo que daba el doctor con la vista á aquella jóven inmóvil y moribunda..... ¿Y en cambio, qué era lo que él pedia? un poco de agradecimiento, un poco de amor.....

¡Ay! qué felices eran los dos..... cómo habia recobrado aquella niña su alegría, su viveza..... cómo se apresuraba á gozar de todo, y todo al mismo tiempo..... Ora corria tras de una mariposa..... ora tomaba una flor para arrojarla luego, atraida por otra que creia mas bella.... ora se extasiaba ante la agua movible de un arroyo..... ora..... ¡La misma imaginacion del doctor se perdia!

Y él, en cambio, gozoso de su obra, miraba correr á aquella niña, que un momento despues venia á echarse en sus brazos llamándole su esposo!..... acariciándole la barba..... jugando con sus cabellos, para volver á correr luego gentil, robusta, gallarda.....

¡Cruel era el despertar de este sueño encantado! el médico no pudo reprimir un suspiro..... ¡Cuánta diferencia habia entre la risueña casa de campo con que un momento ántes soñaba, y aquel aposento de enfermo, estrecho, miserable, y donde ni aun se respiraba un aire puro!.....

Todavía en esta triste situacion el doctor soñó con la felicidad. Si aquella muchacha lo amara, ¿con cuánto

afan, con cuánta ternura cuidaría él de su suerte! ¡Cómo trataría de crearle un mundo nuevo de sensaciones, de afectos, ya que Dios le había negado el mas precioso de sus dones, la vista!..... ¡Con qué inefable placer recibiría él las caricias de aquel ángel caído, de aquella flor delicada!.....

¿Mas cómo llegar á ese grado de celeste felicidad? ¡Ay! él nunca se atrevería á ofender tal vez, con sus palabras, la inocencia en que vivía aquella niña.....

Todas estas ideas, empero, vivas, animadas y no pálidas como las ha descrito mi pluma, se habian sucedido en un momento, iluminando con sus tintas fugitivas la frente del médico.

De pronto Remedios, que hasta entónces habia estado sumergida en una especie de sueño letárgico, producido por la postracion y debilidad que le habian causado las convulsiones que acababa de sufrir, hizo un movimiento. El doctor se enderezó como el centinela avanzado que dormitando ha oido un ruido á su alrededor.

El corazon le latió con violencia, pues temia la repetición del ataque que acababa de combatir, y él, que conservaba su intrepidez y su sangre fria en los mas apurados lances, como el sacerdote que en el ejercicio de su ministerio parece deja de ser hombre, al ver padecer á aquella muchacha perdía toda su presencia de ánimo, quería llorar, quería morir, ó salvarla á costa de su misma vida.

Remedios levantó con lentitud una mano y la paseó al rededor de la cama sobre que estaba reclinada; en seguida alzó un poco la cabeza y se detuvo en actitud de escuchar.

—¿Francisco?..... dijo con voz muy débil.

El médico, que ya se habia levantado, se acercó junto á la cama; la enferma al oír los pasos, se enderezó, y dijo con acento cariñoso tendiendo su mano.

—¿Eres tú?.....

Por un impulso irresistible el médico se inclinó para tomar entre las suyas aquella mano adorada; pero se detuvo en el momento de hacerlo, como si hubiera resentido un choque eléctrico. Repentinamente presintió que no sería dueño de detenerse al sentir la impresion de aquella piel mas suave que el raso.....

—Soy yo ¡señorita! dijo con voz que tenía mucho de turbada y triste, aunque quería darle el acento de la indiferencia.

—¡Ah! dijo Remedios.

Y el médico vió desaparecer aquella manecita, á la que con la vista cubría de mil besos, y notó que la sonrisa dulcísima de aquellos labios desaparecía.....

Entónces una luz atravesó por su cerebro: él tambien acababa de tener un pensamiento..... ¿Si Remedios amará á Francisco?..... ¡Oh! era tan natural, le debía tanto á aquel jóven..... pero el médico sintió que la tierra faltaba á sus plantas..... su frente se cubrió de nubes.....

—¡Ah! ¿vd. es, señor? continuó Remedios con voz dulce, pero ya no llena de ese acento particular con que ántes habia sonado á los oídos de su interlocutor como una armonía celestial. ¡Ay! ¿cómo podremos pagar tantas bondades?.....

—¡Señorita!.....

—Tiene vd. un corazon muy noble.....yo he sentido todos los cuidados de vd.....

Un rayo de alegría iluminó el rostro del médico.

—Y puedo asegurarle..... añadió ella, que ya que en la tierra no nos es posible, en el cielo recibirá vd. el premio.....

El médico no halló que responder: hubiera querido arrodillarse.....

La doncella continuó:

—¿Será de noche ya, verdad?..... ¡Oh! ¿por qué no viene á verme Francisco?..... Esta tarde no me ha hablado..... ¿Se fué ya al teatro?..... ¡Pobre jóven, cuánto hace por nosotras!.....

En aquel momento se oyó en la pieza contigua la voz de Francisco que lanzaba un grito de terror, de desesperacion, de rabia.

La enferma se estremeció.....

—¿Oyó vd?..... dijo: ¡oh! deme vd. su mano..... lléve-me vd..... estoy muy débil..... ¿Qué sucede, Dios mio?

El médico sintió apoyarse en la suya aquella manecita temblorosa, que no pudo ménos de llevar á su corazon.

Remedios nada sintió: vacilante daba algunos pasos en direccion á la puerta, hácia donde se oia un murmullo de voces.

Ya no le quedaba duda al médico: ¡Remedios amaba á su primo!..... Entónces le sucedió una cosa extraña; le pareció que desde ese momento amaba mas á aquella mujer; como si hubiera temido que le arrebataran aquel bien precioso, se acercó mas á la jóven y aun la hubiera estrechado contra su pecho.

Antes de llegar á la puerta, Remedios se sintió desfallecer, y tuvo que apoyar su cabeza sobre el hombro del médico. De esta manera se presentaron en la pieza siguiente, donde se encontraban Francisco, su madre y tres hombres de mala facha.

Si Remedios hubiera podido ver, la hubiera espantado la palidez del rostro del jóven: el mismo médico se detuvo conmovido. La anciana sollozaba profundamente: solo los tres extraños estaban impasibles.

—Pero, señores, tengan vdes. compasion..... gritaba la madre con acento desgarrador. ¡Oh! yo les juro á vdes. que mi hijo les pagará mañana..... esta noche misma..... ¡miren que es horrible!.....

—Señora, dijo uno de los desconocidos, es absolutamente imposible..... esa es la órden que traemos..... y es preciso que obedezcamos.

—Pero.....

El médico no comprendia lo que pasaba, mas la doncella, con la exquisita sensibilidad que la caracterizaba, no dudó lo que era. Su seno latió con violencia, quiso dar un paso, pero sus piernas flaquearon: entónces exclamó con amarga desesperacion:

—¡Dios mio, ser ciega!.....

A aquella voz Francisco alzó el rostro y quedó petrificado al ver á la que amaba recostada sobre el pecho del médico: quiso hablar y sintió la lengua pesada como un tronco. Su cabeza comenzaba á perderse.

Entretanto, la madre lloraba, gemia, suplicaba.

Hubo un momento de silencio, durante el cual se oyó la campana del reloj de San Francisco que daba las ocho.

—Ya lo oyen vdes., decía la madre, son las ocho y tiene que estar á esas horas en el teatro..... Es preciso que vaya..... porque va á ganar con que pagar esa deuda.

La justicia en México es una de las cosas que están mas desarregladas; basta saber el modo como se debe hablar á los ejecutores de ella, para conseguir lo que se quiere. De esta manera se habia conducido el viejo de que he hecho mencion, y no era extraño que los mismos que debian ser los defensores de la inocencia, se prestaran á ser los instrumentos de su capricho. Nada difícil le habia sido sacar una orden de prision para Francisco de una de esas autoridades, llamadas *alcaldes de barrio*.

El médico habia comprendido por fin la escena que tenia delante: supo apreciar la posicion del jóven, y ofreció pagar por él la deuda.

Sin embargo, como esto no se verificaba en el momento, los hombres no admitieron.

La anciana se habia arrodillado ante el médico, y le rogaba salvase á su hijo: aquella escena desgarraba el corazon.

El doctor hubiera dado la mitad de la vida por evitar-se aquel momento: sin embargo, quiso abreviarlo y logró, despues de vaciar sus bolsillos y recurrir á los ruegos y á la promesa formal de quedar por fiador de la deuda, que aquellos hombres acompañasen al teatro á Francisco, y se esperasen hasta que concluida la representacion pudiera pagarles.....

Francisco no pudo ni darle las gracias á su libertador: hacia un momento que estaba casi fuera de sí.

Remedios, que habia sido testigo de esta escena sin poder verla; que habia escuchado aquel murmullo confuso de llanto, de ruegos, de desesperacion, no pudo resistir tanta conmocion, y dejó caer su cabeza pesadamente.

El médico alzó á la doncella, como á una niña de pecho, y la madre gritó en aquel instante:

—¡Se muere!.....

Francisco paseó su mirada por todo lo que le rodeaba: miró la angustia pintada en las facciones del médico, y vió á Remedios en sus brazos..... los celos volvieron á clavarle sus uñas en el corazon, y aquella fué para él una sensacion inexplicable. Como si una luz lo hubiera iluminado, calculó todo el horror de su posicion, y se encontró huérfano en el mundo, sin el único apoyo que por tanto tiempo lo habia sostenido..... ¿Para qué queria la vida sin el amor de aquella muchacha?..... Un relámpago sombrío brilló en sus ojos.—Si yo muriera, pensó él, ese hombre que ama y es amado, les haria la vida feliz á esas mujeres que no pueden esperar de mí otra cosa, que miseria y desgracia!.....

Entónces tomó su sombrero con una lentitud que tenia algo de siniestra, y fué á besar la mano de su madre: los ojos se le anegaron de lágrimas: ¿quién piensa morir al ver á la virtuosa mujer á quien debe la vida?..... Una madre es la imágen de la Divinidad sobre la tierra..... —En seguida fué Francisco á oprimir sobre su pecho la mano helada de Remedios: clavó su mirada en el médico, y solo pudo exclamar.....

—¡Cuidadla!.....

Y se salió violentamente, seguido de los tres descono-

cidos, para contener los gritos, el llanto en que tenía ánsia de prorumpir.....

El doctor lo siguió con la vista, y luego la volvió hácia la madre, como para ver si coincidían en el mismo pensamiento.

La anciana habia caido de rodillas y lloraba profundamente: al notar la mirada del médico, exclamó:

—¡Oh! ¡yo no sé lo que temo!.....

V.

EL año en que pasan los sucesos de esta historia, estaba el *Teatro Principal* en todo su apogeo.

Jamas ha tenido el público de México un gusto decidido por la literatura dramática: de un carácter frívolo, inconstante, sin duda porque nuestro pueblo, como dicen los *políticos*, está todavía en mantillas, mas eco han gozado en él las poesías ligeras, que ama con delirio: he aquí la razon por qué al paso que hemos tenido y tenemos muchos y buenos poetas líricos, no han abundado los dramáticos.

Sin embargo, la clase alta protege indirectamente al teatro, mas tan solo por lujo; pues es para ella igual que las piezas que se representan sean buenas ó pésimas, lo que generalmente no sabe distinguir.

En punto á actores, tampoco hay mucha delicadeza: el público tiene sus favoritos, á quienes siempre aplaude, sin cuidarse de si tienen ó no instruccion y talento.

Hay, no obstante, sus excepciones: para el estado de trastorno y revolucion en que hemos vivido, la instruccion de las clases es asombrosa, y me complazco en creer